

## Génesis del ser nacional argentino: la (de)construcción de un alma

Genesis of the Argentine national being: the (de)construction of a soul

---

Federico Pablo Piana\*

Universidad del Salvador – Argentina

federico\_piana@yahoo.com.ar

### Resumen

En el presente ensayo se pretende identificar la construcción del ser nacional argentino desde la Revolución de mayo de 1810 hasta aproximadamente 1910, abarcando de esta manera un siglo de historia por el cual se construyó sistemáticamente la configuración del ser nacional. Se estudia por lo tanto el pensamiento de diferentes protagonistas de la historia argentina los cuales a través de sus ensayos, construyeron hegemonicamente cómo debía estar conformada la nacionalidad de este país. Estos personajes conformaron diferentes generaciones históricas en Argentina tales como la Generación del 37, la Generación del 80 y la Generación del Centenario. A partir de la teoría deconstructiva del filósofo francés Jacques Derrida, se examina de esta manera cómo se fue generando este ser nacional que, como se verá al final del ensayo, la nación no es otra cosa que la construcción intelectual de un ser espiritual premeditado.

**Palabras Claves:** Argentina, Nación, Construcción, Deconstrucción

### Abstract

In this paper we try to identify the construction of the Argentine national being from the Revolution of May 1810 to approximately 1910, thus encompassing a century of history by which the configuration of the national being was systematically constructed. The thought of different protagonists of Argentine history, who through their essays, hegemonically constructed how the nationality of this country should be shaped, is studied. These characters formed different historical generations in Argentina such as the Generation of 37, the Generation of 80 and the Centennial Generation. From the deconstructive theory of the French philosopher Jacques Derrida, we examine in this way how was generated this national being that, as will be seen at the end of the essay, the nation is nothing other than the intellectual construction of a premeditated spiritual being.

**Keywords:** Argentina, Nation, Construction, Deconstruction

\*Licenciado en Ciencia Política (Universidad del Salvador –USAL-). Doctorando en Relaciones Internacionales (USAL). Docente Adjunto de Derecho Político en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Salvador. Consultor en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina desde el 2010.

Recibido: 04/07/2019 Aceptado: 09/11/2019

*“Al hablar de un pueblo, hemos de exponer las potencias en que su espíritu se particulariza”*

*Friedrich Hegel*

“El gaucho influyó de una manera decisiva en la formación de la nacionalidad”. Ésta es una de las tantas frases con las que Leopoldo Lugones decreta cómo debe estar representado el ser nacional argentino en su obra *El Payador*. Desde esa posición gramsciana de intelectual orgánico, la élite letrada deliberó y decidió a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX sobre la conformación del espíritu nacional. En este breve ensayo se debatirá el concepto de nación y su construcción en Argentina porque como veremos, la nación no es otra cosa que la construcción intelectual de un ser espiritual premeditado.<sup>1</sup>

A lo largo de todo el siglo XIX el ensayo político, representado en las élites ilustradas, se incorporó en América al proyecto romántico-liberal acompañado de un nuevo imaginario en el que se ideó la conformación de las naciones para los nacientes estados. Se originó principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, una sucesión de debates intelectuales en torno a las particularidades que debía poseer cada nación.

En los procesos de independencia, la idea de nación se ha manifestado como mito político movilizador y a su vez como enunciado de integración comunitaria. En este sentido, Campi sostiene que el concepto de nación es un factor potente de integración sociocultural como así también de construcción y consolidación de las identidades colectivas.

Por su parte, Renan señala la importancia del pasado a la hora de crear una identidad nacional. En este sentido, destaca que *“la nación, como el individuo, es la desembocadura de un largo pasado de esfuerzos (...), el culto de los antepasados es el más legítimo de todos; los antepasados nos han hecho lo que somos. Un pasado heroico, de grandes hombres, gloria -entiéndase la verdadera gloria-; he aquí el capital social sobre el que se sienta una idea nacional”* (Renan, 1882:65).

Segato explica que la obsesión por crear una ontología de la nación y conformar ese “ser” discursivamente, establece un capítulo específico de la literatura argentina, con innumerables exponentes. Veamos cómo se fue construyendo este ser nacional argentino a través de ellos.

Mariano Moreno refleja en sus escritos el imaginario nacional que pretende atribuir bajo el modelo republicano. Gran parte de su obra la escribe en el marco de la Primera Sociedad Patriótica y Literaria, la cual fue establecida formalmente en marzo de 1811. Era el famoso club en el Café de Marcos. Ignacio Núñez, secretario de Moreno, señala que los socios del club se reunían noche a noche, leían disertaciones escritas y las debatían: *“Se hablaba contra la injusticia de la conquista emprendida sobre estos países por los españoles, sobre los derechos primitivos de los indios, la codicia y la crueldad de los españoles. (...) Se sostenía el principio de que el pueblo había reasumido la soberanía, desde el emperador de los franceses había cautivado a los reyes; que el pueblo tenía derecho de darse la constitución que mejor asegurarse su existencia, y que la mejor constitución era la que garantiza a todos los ciudadanos, sin excepción, sus derechos de libertad, de igualdad y de propiedad.”* (Lewin, 1971)

En la lucha por la independencia de las colonias no sólo estaba en juego la liberación de los pueblos sino también la fundación de nacionalidades. El problema primordial era suprimir el régimen de castas. No se podía pensar en formar una nación si se vivía una situación que atentaba contra los ideales de igualdad, con una parte de los ciudadanos condenada a la esclavitud y otra a la servidumbre.

Es indudable la influencia y la gran admiración que Mariano Moreno tuvo por Rousseau. El principio de igualdad es uno de los pilares para conformar la idea de nación en nuestras tierras, premisa la cual posee una impronta romántica heredada del filósofo ginebrino. De hecho, podemos percibir este principio en la orden de la Junta que leyó Moreno en 1810: *“En lo sucesivo no debe haber diferencia entre el militar español y el militar indio; ambos son iguales y siempre debieron serlo, porque desde los principios del descubrimiento de estas Américas quisieron los reyes Católicos que sus habitantes gozasen de los mismos privilegios que los vasallos de Castilla”*.

Otro de los principios que guiará a Mariano Moreno es el de la voluntad general. Es a partir de este concepto en el cual Rousseau fundamenta sus principios elementales sobre la democracia representativa<sup>2</sup>. Al respecto, Moreno señala en la edición del 13 de noviembre de 1910 de la *Gazeta de Buenos Aires* el siguiente fragmento: *“La verdadera soberanía de un pueblo nunca ha consistido sino en la voluntad general del mismo; que siendo la soberanía indivisible e inalienable, nunca ha podido ser propiedad de un hombre solo, y que mientras los gobernados no revistan el carácter de un grupo de esclavos o de una majada de carneros, los gobernantes no pueden revestir otro que el de ejecutores y ministros de las leyes que la voluntad general ha establecido.”*

La nueva Junta de Gobierno debía ejecutar dos objetivos: por un lado, convocar a los pueblos del virreinato para que manden diputados a un congreso general con el fin de establecer el gobierno definitivo y por otro lado, enviar una expedición al interior para socorrer a los pueblos a liberarse de la probable reacción de grupos que se contraponían al

<sup>1</sup> Si bien a lo largo del ensayo se analizará la construcción del ser nacional argentino, lo que se hará indefectiblemente es la deconstrucción del concepto siguiendo la teoría propuesta por Jacques Derrida a partir de las ideas de Martin Heidegger. Estos pensadores señalan que este proceso de deconstrucción se basa en revisar los conceptos con el fin de revelar el proceso histórico y cultural en el que están inmersos y así descubrir su estructura conceptual. Por lo tanto, la deconstrucción evidencia las ambigüedades, las fallas, las debilidades y las contradicciones de un discurso que en nuestro caso es la construcción de la nación.

<sup>2</sup> Rousseau en El Contrato Social señala que: “Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general; y nosotros recibimos corporativamente a cada miembro como parte indivisible del todo.” (2003:47)

apartamento de Cisneros.

En Julio de 1810 la Junta designa a Moreno para que escriba un Plan de operaciones. Este plan tenía como objetivo confeccionar las estrategias del nuevo gobierno para los patriotas revolucionarios a través de medios radicales: *“y así, no debe escandalizar el sentido de mis voces, de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa, aun cuando tengan semejanza con las costumbres de antropófagos y caribes”*.

Siguiendo con la construcción del ser nacional argentino, la Generación del 37 influyó directamente en este sentido. Esta generación, conformada por un grupo de jóvenes intelectuales, se reunía en el Salón Literario de Marcos Sastre -excepto Sarmiento- con el fin de reflexionar, analizar y observar la realidad social argentina. Este salón era muy popular entre los estudiantes. Llegaban periódicos y novedades literarias procedentes de Europa. Todos los concurrentes se conocían de las aulas de la Universidad o de los grupos de estudio que se reunían en la casa de Miguel Cané, y eran ávidos lectores de pensadores europeos.

Los participantes que concurrían al salón pretendían abrir un debate sobre la tradición cultural hispana, sus costumbres y su legislación, aún vigentes en el país. Expresamente, la intención de sus miembros era completar y desarrollar la obra de la Revolución de Mayo, a la que consideraban inconclusa<sup>3</sup>. Dialogaban de la independencia cultural y de romper con la rutina colonial en las costumbres.

Es otro contexto al de Mariano Moreno. Después de las guerras de independencia, acontecieron guerras civiles entre unitarios y federales, donde Juan Manuel de Rosas es la figura principal de la política argentina. Es en este ambiente cuando surge esta flamante generación con el fin construir una identidad nacional. Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y José Mármol son sus integrantes más reconocidos.

Esta elite intelectual, con el romanticismo como pilar, tendrá preponderancia aproximadamente hasta 1880. En efecto Esteban Echeverría, quien fuera el precursor de esta Generación, retorna de Francia con esta influencia romántica<sup>4</sup>.

Este movimiento ya consagrado hace décadas en Europa, dejará su huella en los ensayos que los intelectuales van a escribir a lo largo del siglo XIX. Contrario a la Ilustración, el Romanticismo indaga sobre aspectos considerados irracionales de la conducta humana, tales como las emociones. En este sentido, Rousseau escribe en *Emilio* al respecto que *“el hombre que medita es un animal depravado”*, ya que se debe considerar a la emoción por sobre la razón.

Es en este viraje ideológico el cual Sarmiento escribe Facundo en su exilio en Chile para criticar el régimen de Rosas<sup>5</sup>. De hecho, se observan pasajes románticos en esta obra que enaltecen lo estético para captar la sensibilidad de los lectores. Por ejemplo, el sanjuanino al describir la pampa señala que: *“Una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo. La oscuridad se sucede después a la luz: la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. [...] ¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?”*

Esta obra de Sarmiento resultó extremadamente eficaz en la implementación de una serie de conceptos para pensar la realidad argentina. De hecho, es a partir de Facundo que se populariza la dicotomía Civilización y Barbarie<sup>6</sup>. Sarmiento elige a Facundo Quiroga como expresión de la realidad argentina de su época: la barbarie, la cual lo asocia a lo hispánico, colonial y a las ideas absolutistas llevadas a cabo por los caudillos amparados por masas populares incultas. En cambio, la civilización es equivalente a ideas liberales que se centra a una minoría culta<sup>7</sup>.

Es interesante cómo comienza el libro con una cita en francés: *“On ne tue point les idées”*, que en su traducción literal sería *“Las ideas no se matan”*<sup>8</sup>. No obstante, se puede observar que en la traducción que realiza Sarmiento

<sup>3</sup> En efecto, como señala Fernando Alfón (2013: 37): “Alberdi afirma que la emancipación gestada en 1810 ha dejado a los argentinos la enorme tarea de forjar una nación. Pero esta nación no surgirá si no se ahonda, a partir de una conciencia propia, en la realidad argentina. A la emancipación de España por la fuerza debe seguir la emancipación por el espíritu, cuyo resultado final será la silueta de una nación nueva. Esta es, dice Alberdi, la misión que a ellos le compete, pero esta nación no deberá ser el reflejo de ninguna otra”.

<sup>4</sup> Echeverría presenta en el salón La cautiva, quizás el primer poema romántico rioplatense.

<sup>5</sup> Sarmiento escribe esta obra a través de folletines publicados en el diario chileno El Progreso.

<sup>6</sup> Es interesante el punto de vista de Todorov sobre esta temática en El miedo a los bárbaros, la cual se resume en la siguiente frase: “el miedo a los bárbaros es lo que nos hace bárbaros”. Aquí el autor le da un doble sentido a lo “bárbaro”. En primer lugar se refiere a los “otros” que, por no poseer nuestras costumbres, son considerados “incivilizados”; y en segundo lugar se refiere a nosotros mismos, que temen sin sentido de los otros y terminan convirtiéndose en eso que uno niega, en “bárbaros”. Por ende, el creer que lo civilizado se encuentre en un aspecto y no en otro, es un error valorativo que ejemplifica en la Ilustración europea. También se puede señalar a Montaigne, quien en su ensayo Sobre los caníbales escribe que “cada cual llama barbarie a lo que no forma parte de su costumbre”.

<sup>7</sup> Ludmer señala al respecto que, a lo largo del siglo XIX, civilización y barbarie es el arma por excelencia en la disputa por la hegemonía y propone el dilema de la unificación estatal (identidad y desigualdad, integración o exclusión) que es el problema de la “modernización” latinoamericana. De hecho, los que utilizaron la dicotomía civilización y barbarie en estas tierras fueron presidentes o candidatos con proyectos modernizadores: en nuestro caso Sarmiento con Facundo.

<sup>8</sup> Es interesante la observación que realiza Ricardo Piglia al respecto. El autor señala que esta frase resume la dicotomía entre civilización y barbarie en una escena ocurrida en 1840. Cuando Sarmiento se estaba dirigiendo a Chile exiliado y escribe esta frase en los baños de Zonda, el gobierno de Rosas envió una comisión encargada de descifrar esta frase y no lo lograron. Esto mostraba para el sanjuanino que quien podía leer esta frase eran los

en la obra es: “A los hombres se degüella; a las ideas, no”. Oscar Terán (2015:64) explica al respecto que “*es una traducción perfecta precisamente porque no es una traducción literal, sino que localiza la cita, la nacionaliza mediante una palabra, ‘degüello’, que pertenece al léxico americano, al diccionario gaucho, en tanto refiere a una práctica mortífera utilizada en las guerras civiles*”.

En el Facundo, Sarmiento presenta una visión de la Argentina posterior a la Revolución de Mayo como una realidad escindida, e invita a situarse en uno de los dos términos que se oponen en su relato. Como señalamos anteriormente, civilización hace referencia al movimiento o proceso de perfeccionamiento de la humanidad, asociado a la idea de progreso. Progresar es civilizarse. Las elites letradas hispanoamericanas adoptarán el programa de la modernidad por el que buscarán transformar sus sociedades en los aspectos demográficos, técnicos, económicos y culturales. Esto que hoy se llama modernidad, en aquellos tiempos se llamaba civilización. El proyecto de esas elites era articularse con la modernidad, para lo cual van a tomar modelos de la experiencia europea y norteamericana.

Barbarie se refiere a todo lo que había que erradicar. La despoblación, el desierto, el gaucho hacían inviable todo gobierno posible para el sanjuanino. Basta que algún “bárbaro”, señala Sarmiento, se apodere de su provincia para que las tradiciones de gobierno desaparezcan. En la Rioja, dominada por Facundo, no hay abogados ni médicos ni jueces. La población ha disminuido en más de la mitad y no hay escuelas. Si La Rioja hubiera tenido estatuas, éstas habrían servido para amarrar caballos<sup>9</sup>.

El sanjuanino realiza además una descripción de la pampa que nunca ha visto. Para él se trata de una llanura infinita en donde la mirada se pierde en el horizonte, por lo que es un inmenso vacío en todo sentido: tanto de habitantes como de civilización<sup>10</sup>. Sólo se encuentran las pulperías, en la cual se practican los vicios y no las virtudes. El modelo de civilización ideal para Sarmiento es en definitiva los Estados Unidos, el cual sueña con imitar en Argentina “los Estados Unidos del Sur”. Su proyecto de modernización comprendía la incorporación de colonias para los desiertos y educación para la población.

Juan Bautista Alberdi, otro de los pensadores más influyentes de nuestro país, construye su visión de la realidad argentina a través de su célebre obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. A diferencia de Sarmiento quien sostiene que la nación se cimenta desde la sociedad y el Estado, para Alberdi la base debe ser el Estado y el mercado. Para él lo que era necesario cambiar no eran las leyes, sino los hombres: “*No son las leyes las que necesitamos cambiar; son los hombres, las cosas. Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella, sin abdicar el tipo de nuestra raza original, y mucho menos el señorío de país; suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero más capaz de libertad, de riqueza y progreso.*” (Alberdi, 2005:23)

Estos cambios, no obstante, no modificarían nuestra nacionalidad según Alberdi. Al contrario, favorecen a consolidarla, pasando así de una nacionalidad inconsciente a una consciente: “*Una nación no es una nación, sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen. Recién entonces es civilizada: antes ha sido instintiva, espontánea: marchaba sin conocerse, sin saber adónde, cómo ni por qué. Un pueblo es civilizado únicamente cuando se basta a sí mismo, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo.*” (Alberdi, 2005:52)

En este sentido no había que temer la pérdida de la nacionalidad por la llegada de extranjeros. Se debía reemplazar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina pero con mayor capacidad de riqueza, libertad y progreso. La secuencia del cambio no era como proponía Sarmiento: educar a nuestra población para obtener un orden que invitara a las poblaciones extranjeras a venir, sino que la secuencia era inversa: traer elementos de orden y buena educación como hacía los Estados Unidos, que se formaban con elementos ya consolidados: “*No pretendo que la moral deba ser olvidada. Sé que sin ella la industria es imposible; pero los hechos prueban que se llega a la moral más presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos de esas nociones honestas que no por la instrucción abstracta. Estos países necesitan más de ingenieros, de geólogos y naturalistas, que de abogados y teólogos.*” (Alberdi, 2005:133)

Hacia fines del siglo XIX, y particularmente a partir de la década de 1880, se observa un proceso de modernización en nuestro país que altera radicalmente el panorama político, social y económico introduciendo nuevas preocupaciones en la sociedad. Es en este contexto en donde una vez más los intelectuales de la época encontraron un espacio privilegiado de participación para la construcción de la identidad del ser nacional.

El historiador Natalio Botana ha caracterizado fielmente a la clase del 80 en su obra *El orden conservador*. La realidad argentina se representa aquí en dos órdenes tan distantes como diferentes: arriba se encuentra una reducida élite mientras que abajo coexiste una gran masa que acata las órdenes del primero. Entre ambos extremos, señala Botana, que existen un conglomerado de significados morales y/o materiales que producen, de arriba hacia abajo, una *creencia social* sobre el correcto espíritu a seguir.

Esta vez hubo una crítica consensuada hacia el inmigrante. Por ejemplo, Emilio Daireaux en *Vida y costumbres en el Plata* de 1888, preveía que si llegaban más inmigrantes, “*la población indígena, anegada por esta formidable oleada, bajo*

ilustrados, mientras los que no eran los barbaros. En efecto, cuando Sarmiento enfatiza que “no hay tres jóvenes que sepan inglés, ni cuatro que hablen francés”, está posicionándose del lado de la civilización.

<sup>9</sup> Hernández Arregui (1963:24) señala al respecto que “Sarmiento será para la oligarquía ganadera un arquetipo, pues su concepto de ‘barbarie’ implica la negación de las masas en la historia.”

<sup>10</sup> Esta concepción de llanura infinita rememora a Montesquieu, quien se refirió de la misma manera a Asia.

*esta invasión de bárbaros armados de palas, vería completamente en peligro su influencia política y directriz*<sup>11</sup>.

De la misma manera Ramos Mejía escribe desde una vertiente biológica *Las multitudes argentinas*, en donde también exhibe una visión negativa hacia el inmigrante: *“habría pues, que restablecer la continuidad entre los del pasado y los actuales, que el brusco y saludable contacto con Europa parece haber cortado amenazando quitarnos la fisonomía nacional. (...) Bastaría ayudarlo un poco con una educación nacional atinada y estable; limpiar el molde donde ha de darse forma a las tendencias que deberán fijar el temperamento nacional.”* (Ramos Mejía, 1899:176)

Miguel Cané por su parte, señala que la llegada de inmigrantes no fue la planeada por Alberdi quien pretendía que fueran europeos nórdicos calificados: *“Abajo, en las primeras capas de nuestro organismo, una masa adventicia, salida en su inmensa mayoría de aldeas incultas o de serranías salvajes. La nuestra es la primera ciudad civilizada que han visto, después del punto de embarco. Y nos llegan adultos ya. En Estados Unidos, cuando se ve uno de esos grupos toscos, judíos del fondo de la Polonia, levantinos, haraposos calabreses de los montes, los que saben con cuánta rapidez, en una generación, la poderosa máquina trituradora, transforma y homogeniza esa masa exótica, sonríen tranquilos. Es porque conocen los resortes de acero que operan la transformación; saben que los hijos de esos bárbaros les serán arrancados, si es necesario, para llevarlos a escuelas siempre abiertas para recibirlos...”*<sup>12</sup>

Es interesante el recorrido que realiza Lilia Bertoni sobre la construcción de la nación y la ciudadanía en Argentina en este período. En nuestro país de fin del siglo XIX diversos asuntos específicos, como las fiestas públicas, la lengua y la literatura, se consideraron en estrecha relación con la construcción de la nacionalidad, y sobre ellos se abrieron polémicas y discusiones en las que se manifestó la existencia de distintas concepciones de la nación<sup>13</sup>. Estas diferencias se suscitaban también en torno a la ciudadanía, con un interés especial en relación con la forma en que las instituciones educativas asumían y guiaban la formación de los futuros ciudadanos.

La autora se pregunta pues ¿qué idea de nación se enseña en las escuelas en aquel período? Durante la década de 1890 estos debates se hicieron evidentes en las instituciones educativas donde tenían vigencia el fomento de inmigrantes en donde se les garantizaban a ellos amplias libertades y garantías.

Esta tradición se reflejaba en los manuales de instrucción cívica. Por ejemplo, Norberto Piñeiro enseñaba a los alumnos para los colegios nacionales en 1894 que la “nación es una asociación independiente de individuos, que habitan un territorio, se hallan unidos bajo un mismo gobierno y se rigen por un conjunto de leyes comunes”. Para precisar esta definición agregaba a continuación qué rasgos no formaban parte de ella: *“No es necesario para que la nación exista que su territorio sea continuo y se halle circunscripto por límites naturales, ni que los diversos grupos de habitantes hablen la misma lengua, profesen la misma religión, tengan iguales costumbres y pertenezcan a idéntica raza”*.

Esta concepción de la nación tenía vigencia no sólo en el plano normativo sino también en la orientación de las instituciones educativas para la formación de los ciudadanos. La crítica destacó la ausencia de rasgos espirituales –aquellas “exigencias” indicadas por Piñeiro sobre la unidad de origen y la unidad de lengua- y se señaló especialmente su insuficiencia para formar el “alma” de los jóvenes ciudadanos y lograr de ellos una adhesión más plena a la nación. Ésta se hacía necesaria por la existencia en la sociedad argentina de influencias culturales extrañas que amenazaban contaminar el espíritu nacional.

Estas críticas tenían como punto de partida una idea muy distinta sobre qué era la nación. La presencia de esos elementos extraños se volvía perturbadora para quienes identificaban la nación con la existencia de una cultura homogénea, singular y propia. Para quienes compartían estas ideas, el fantasma de la heterogeneidad cultural no solo amenazaba con impedir la realización plena de la nación, que dependía del vigor y el desenvolvimiento de esta personalidad cultural, sino también con propiciar la fragmentación interior.

Desde ese punto de vista, la heterogeneidad y la diversidad resultaban peligrosas, pues podían debilitar la nación. Estas imágenes sobre la sociedad y la cultura se extendían también al campo político que en esos años adquirió características preocupantes. La Revolución del Noventa abrió una etapa de amplia movilización que alcanzó a los grupos extranjeros, incluyó una vasta campaña para su naturalización masiva y generó también la formación de nuevas agrupaciones, como la Unión Cívica, la Unión Cívica Radical y el Centro Político Extranjero.

Otro período clave a analizar son los denominados intelectuales del Centenario, cuando en 1910 se cumple un siglo de la Revolución de Mayo. Entre sus principales protagonistas podemos mencionar a Gálvez, Rojas, Ingenieros<sup>14</sup> y sobre todo Lugones, cuya influencia para la conformación del ser nacional argentino fue determinante. Este poeta y

<sup>11</sup> Era tal el malestar que generaba la inmigración, que se aprobó la Ley de Residencia o denominada Ley Cané para expulsar a extranjeros sin juicio previo.

<sup>12</sup> Miguel Cané, “El criollismo”. Carta al Dr. Ernesto Quesada” La Nación, Suplemento al n° 10 384, 11 de octubre de 1902

<sup>13</sup> En este sentido, Hernández Arregui (1963:18) señala que “el ‘ser nacional’ se expresa como cultura nacional. ¿Pero qué es la Cultura? (...) es el conjunto de bienes materiales y espirituales producidos por un grupo humano, y que da forma a la coexistencia y coetaneidad de una comunidad nacional, más o menos homogénea en su caracterización psíquica frente a otras comunidades”

<sup>14</sup> En 1915, Ingenieros escribe La formación de una raza argentina, en la cual define “raza argentina” no en un sentido antropológico sino sociológico, equivalente a “nacionalidad argentina”. Ingenieros señala que “así como sería inexacto afirmar que todos los habitantes de nuestro territorio político presentan ya la homogeneidad de ideas, de sentimientos y de ideales que constituye una nacionalidad, lo sería también el pretender que existe, definitivamente homogeneizada, una raza argentina. Está en formación”. El sociólogo Horacio González opina al respecto que el uso del concepto raza para representar conciencia colectiva o ethos cultural, no deja de evocar un fundamento biológico de lo social.

ensayista, influenciado por el poeta Rubén Darío<sup>15</sup>, realiza una serie de conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires ante un público representado por la élite política del momento. No sólo se encontraba presente el Presidente Roque Sáenz Peña sino también sus asesores y la cúpula militar. Dicha presencia elitista no era casualidad. Este período transitaba un momento de crisis en un contexto de surgimiento de sociedad de masas. De esta manera, el poeta se para ante su público con un proyecto de nación muy distinta a la que se tenía hasta ese momento.

Leopoldo Lugones enfatiza que nuestro país ya posee un poema épico, y ese poema es el Martín Fierro de José Hernández<sup>16</sup>. Intenta recrear la figura del gaucho como la verdadera representación del ser nacional argentino. En efecto, en *El Payador*, Lugones realiza una analogía entre los poemas épicos de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero con el de José Hernández, para así darle esa categoría de superioridad espiritual<sup>17</sup>. En este sentido, el “poeta nacional” sentencia que el gaucho debe ser espiritualizado para atenuar sus connotaciones negativas. Es por ello que expresa “*la materia es tosca; mas, precisamente, el mérito capital del arte consiste en que la ennoblece espiritualizándola*”.

“*De ahí venimos*” enfatiza Lugones en su obra, determinando de esta manera una procedencia, requisito primordial de toda identidad. Un comentario que realiza el sociólogo Juan Agustín García, quien estuvo presente en las conferencias del poeta, muestra este panorama: “*Lugones considera a Martín Fierro como un poema épico, y su concepto fue aplaudido con entusiasmo por manos enguantadas*”.

Es interesante la noción que tiene Lugones con respecto a la civilización. Para él, reposa sobre “el dominio de la materia por la inteligencia, la transformación de la fuerza bruta en energía racional”. De esta manera se puede observar una influencia marxista pero con un viraje gramsciano, ya que si bien la materia es la base del proceso histórico, lo que nos dice Lugones al igual que Gramsci, lo único que puede darle sentido a esa materia es el intelectual. Para el poeta nacional este intelectual debe ser espiritual.

Como hemos podido observar a lo largo del presente ensayo y en sintonía con Oscar Ozlak, la conformación del ser nacional argentino no surgió espontáneamente al igual que la construcción del Estado argentino luego de la guerra emancipadora. De hecho, el historiador (1982:18) señala que “*la unidad nacional fue siempre el precio de la derrota de unos y la consagración de privilegios de otros*.”

Esta consagración del ser nacional fue en gran parte porque “*la literatura misma es uno de los hilos de la imaginación pública y por lo tanto tiene su mismo régimen de realidad: la realidad ficción*”<sup>18</sup>(Ludmer, 2010:12). Todo comienza por una palabra que sirva e influya a todos y que atraviese todas las alteridades y divisiones nacionales, de raza, de clase, etc.: una *palabra-idea* que sea a la vez concreta y abstracta, pública e individual, social y subjetiva<sup>19</sup>.

Anderson señala al respecto que la nacionalidad es un artefacto cultural de una clase particular. Como se ha comprobado, diferentes generaciones han confeccionado el ser nacional a sus propios intereses, en donde “*todos los cambios de conciencia profundos, por su naturaleza misma, traen consigo amnesias características. De tales olvidos brotan, en circunstancias históricas específicas, las narrativas*” (Anderson 1983:283-284)<sup>20</sup>.

Siguiendo la misma línea, Eric Hobsbawm explica que la “tradicción inventada” conlleva un grupo de prácticas, generalmente dirigido por reglas aceptadas abiertamente o implícitamente y de naturaleza simbólica, que buscan inculcar determinados valores de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica inconscientemente continuidad con el pasado.<sup>21</sup>

Weber explica que la representación de “nación” se encuentra en la más intrínseca relación con los intereses de “prestigio”. De esta manera, la superioridad de “bienes culturales” cuyo fin resulta viable sólo por el mantenimiento de ciertos rasgos particulares constituye, por ende, el cimiento en que suele basarse la trascendencia de la “nación”. Por consiguiente, los que detentan el poder dentro de una comunidad política, son los “intelectuales” que están

15 La influencia de Rubén Darío fue muy importante en este período. El poeta llegó a Buenos Aires en 1893 como cónsul de la República de Colombia y en 1888 publica *Azul*, un trabajo elogiado en el ambiente literario porteño por los intelectuales más destacados de la época como Joaquín V. González, Rafael Obligado y Vicente Quesada, entre otros.

16 Previo a estas conferencias, Lugones escribe “El objeto de nuestra filosofía”, en el cual señala que frente al vacío moral causado por las corrientes materialistas, el objeto de la filosofía es adquirir una “ética superior”. Existen argumentos similares a lo que años más tarde expondrá en el teatro Odeón, ya que se basa sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero. De estas cualidades surgirá *El Payador*, el cual “establece una estética como vínculo fundamental de la raza, pues concibe a la belleza como el único valor inmutable, a lo largo de los tiempos, capaz de establecer un puente inmovible entre dos pueblos” (Alfón, 2013:192).

17 Lugones realiza un extenso estudio sobre la mitología griega por encargo del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. Recuperar estos mitos era recuperar ideales civilizatorios y espirituales para la Argentina moderna. En efecto, señala (1910:6) que “sin la cosmogonía y la palingenesis que constituían esencialmente la enseñanza de los misterios, el sistema moral, filosófico y estético de los griegos carece de fundamento racional”.

18 Alfón (2013:302-303) escribe al respecto que “en la construcción de la Argentina—no me refiero a una geografía, o a un Estado, sino a la construcción imaginaria de la nación— hemos dado con varias formas de su expresión más íntima: la del idioma fue la más publicada y la que más sedimentaciones ha generado en la construcción de la identidad. Nuestra singularidad, en todo caso, fue constituirnos en torno a un pleito ficcional: como si hubiéramos puesto nuestras mejores energías en recuperar, lanza en mano y grito de malón, una isla que sospechábamos sumergida, que jamás hemos visto, pero que nos resultaba imprescindible”.

19 Ludmer (2010:48) señala que “en el tiempo de la nación, en la historia, no parece haber diferencias entre realidad y ficción: se fusionan y se indiferencian en las narrativas históricas”.

20 Desde una visión organicista, Anderson explica que al igual que toda célula del cuerpo humano es reemplazada cada siete años, las narraciones realizan el mismo proceso, los cuales aparecen en un tiempo vacío y homogéneo. Por ende, su marco es histórico y su medio sociológico. En efecto, señala que “la conciencia de estar formando parte de un tiempo secular, y sin embargo de ‘olvidar’ la experiencia de esta continuidad da lugar a la necesidad de una narración de ‘identidad’. Las naciones no tienen nacimientos claramente identificables. Y como no hay un Autor, la biografía de la nación no se puede escribir evangelicamente a lo largo del tiempo” (1983:285).

21 Del mismo modo que Anderson, Hobsbawm señala que la continuidad de estas “tradiciones inventadas” es en gran parte ficticia, en donde intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado.

particularmente predestinados a propagar la idea “nacional”.<sup>22</sup> En la misma sintonía, Segato denomina “formación nacional de diversidad” cuando se percibe las construcciones de la diferencia en el seno de una nación. En efecto señala que “dentro de esa formación, las «alteridades históricas» son los grupos sociales cuya manera de ser «otros» en el contexto de la sociedad nacional se deriva de esa historia y es parte de esa formación específica.”<sup>23</sup> (Segato, 2002:114)

De esto se trata la construcción del pensamiento de una nación, de una reinterpretación constante del ser espiritual que define nuestra identidad, construida por un grupo de personas que nos dice cómo debemos ser en un período determinado. Al respecto, el sociólogo Horacio González señala que “*el pensamiento nacional es una coalición heterogénea de estilos que se arman y desarman de tan diversas maneras que esa misma movilización de ataduras y desanudamientos es precisamente una nación, que existe gracias a sus formas abiertas, a su secreto cosmopolitismo, a su sospechada universalidad condensada en un territorio y en una memoria que, antes que ser común, se genera en la lucha siempre inconclusa por considerarse común. Toda identidad se compone de una o varias polémicas en su interior, latentes y no resueltas*”<sup>24</sup>.

Renan sostiene en definitiva que una nación es un *alma*, y esta alma está encarnada en nuestro país por el Martín Fierro<sup>25</sup>. Llama la atención que previo a la exposición de Lugones, esta obra había estado rodeada de desprecio e indiferencia, menospreciado como un simple folletín rural distribuido al “paisano analfabeto”. No obstante, pudimos constatar que un poema épico funda una nación, porque al fin y al cabo fundar un lenguaje es fundar una nación<sup>26</sup>.

Lugones tuvo la capacidad de situar la obra de José Hernández en la cima del pedestal y la glorifica como la obra emblema de nuestra identidad. Al igual que todas las elites que analizamos a lo largo del ensayo, Lugones fue uno más de esta larga cadena al autoproclamarse ser parte de una “mente culta de la clase superior”: “*Nunca me he sentido más hijo del país que en estas horas de vida intensa con la poesía de mi nación y con la gente de mi raza. Felicítome por haber sido el agente de una íntima comunicación nacional entre la poesía del pueblo y la mente culta de la clase superior; que así es como se forma el espíritu de la patria*”.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberdi (2005). *Política y sociedad en Argentina*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho
- Alfón (2013). *La querrela de la lengua en Argentina: ensayo biográfico*. La Plata: EDULP. En Memoria Académica
- Anderson, (1983) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez. Buenos Aires Fondo de Cultura Económica, 1993. Capítulos I a III, pp. 17-76.
- Bertoni (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Botana (1977). *El orden conservador*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Campi (2006) *Nación léxico de política*. Buenos Aires, Nueva Visión
- Gramsci (1934-1935) «Cuaderno 21 (XVII). Problemas de la cultura nacional italiana» en Cuadernos de la cárcel. Tomo 6. Traducción de Ana María Palos. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. México, Ediciones Era
- Hernández Arregui (1963) *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 3º ed. 1973.
- Hobsbawm (1983) «Introducción: la invención de la tradición», en Hobsbawm, Eric y Ranger (eds.) *La invención de la tradición*. Traducción castellana de Omar Rodríguez. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21.
- Ingenieros (1915) *La formación de una raza argentina*, en *Revista de Filosofía*. Año I, N° VI, Buenos Aires, noviembre pp. 464-483.
- Lewin (1971) *Mariano Moreno. Su ideología y su pasión*. Ediciones Libera, Buenos Aires
- Ludmer (2010) «La Nación» y «El imperio», en *Aquí América Latina*. Una especulación. Buenos Aires, Eterna Cadencia, pp. 157-215.
- Lugones (1901) “*El objeto de nuestra filosofía*”, Philadelphia
- (1910) *Prometeo*, p.6, un proscripto del sol, Buenos Aires, Otero
- (1916) *El Payador*. Buenos Aires

22 Hernández Arregui (1963:220) señala al respecto que “un país en el que las clases superiores desechan la cultura colectiva nacional, no sólo no es una nación, sino que está destrozado por disensiones intestinas profundas que anuncian cambios próximos o lejanos.”

23 Dice Beatriz Sarlo (2007): “En el origen de la cultura argentina está el desierto. Esta no es una proposición descriptiva sino ideológica: es la forma en que los intelectuales vivieron su relación con la sociedad, con los otros y los diferentes. Nada de España, nada del mundo gaucho: sólo los letrados en diálogo de una sola vía con Europa. Esto hasta las primeras décadas del siglo veinte. Pero en ese momento, construir un pasado se vuelve una necesidad, de allí el arco que va desde el último Mansilla hasta Güiraldes, que incluye a Lugones y que culmina en Borges. La inmigración abre este ciclo. Su presencia, ocupando el lugar del bárbaro, del gaucho ya desaparecido, crea las condiciones de posibilidades para que los letrados busquen, al mismo tiempo dos fundamentos: el de una historia nacional y el de una renovada relación con la cultura europea”.

24 Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-248978-2014-06-20.html>

25 Renan señala que una nación no sólo es un alma, sino también un principio espiritual. Al respecto, se podría citar una frase de Hegel que escribe en *Fenomenología del espíritu* en concordancia con la del escritor francés: “El espíritu es la vida ética de un pueblo en tanto que es la verdad inmediata: el individuo que es un mundo”.

26 En este sentido, Lugones (1916:16) señala que “...tenemos reducido el lenguaje a un fenómeno poético: el lenguaje, es decir, el valor humano por excelencia, el instrumento primordial de toda sociedad y de toda civilización, porque es el órgano de relación directa entre los espíritus.”

- Oszlak (1982) *Reflexiones sobre la formación del Estado y la construcción de la sociedad argentina. Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales, Vol. XXI, Enero-Marzo: Buenos Aires, Argentina.*
- Piglia (1980) *Notas sobre Facundo*, en Punto de Vista, N° 8. Buenos Aires, Marzo-junio
- Ramos Mejía (1899) «Biología de las multitudes» [Cap. I] en *Las multitudes argentinas. Estudio preliminar y bibliografía* Abel Langer. Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, (1994), pp. 15-22.
- Renan (1882) «¿Qué es una nación?», en *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a HomiBhabha. Selección, traducción, introducción y notas de Álvaro Fernández Bravo.* Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 53-66.
- Rousseau (2003) *El Contrato Social o principios de Derecho Político.* Buenos Aires, Editorial La Página
- Sarlo (2007) *Escritos sobre literatura argentina, Siglo XXI Editores*
- Segato (2002) «*Identidades políticas y alteridades históricas*», en Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina. N° 178, marzo, abril. Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert, pp. 104-125.
- Terán (2015) *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980* 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Todorov (2008) *El miedo a los bárbaros.* Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg
- Weber (1922) «*Las comunidades políticas*», en *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva.* II. Edición de Johannes Winckelmann. Traducción de Medina Echavarría [et al.] México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 661-694.